

pio, y á menudo en los hechos, un reinado protector del mayor número, pensando y obrando por los que no podían obrar ni pensar.

El fondo del poder imperial en Roma fué el poder tribunicio, y á pesar de las locuras y los crímenes de los Calígulas, de los Nerones y los Cómodos, los emperadores dignos de este título fueron verdaderos tribunos del pueblo, preocupados sin duda de su grandeza personal, pero también de los intereses generales del imperio, creyendo más en el mérito que en el linaje, borrando las duras y depresivas distinciones establecidas por la república entre los ciudadanos y los provinciales, suavizando la ley, introduciendo en ella á cada generación más humanidad, aun para el esclavo, y llegando hasta concebir la grande institución alimentaria de Trajano; en una palabra, haciendo una buena política social, sin hacer demagogia.

Ahora bien, á César debe este carácter humano la monarquía imperial, que lo legó á las monarquías modernas, en que el príncipe se considera, no ya como un hijo del cielo, sino como el primero de los servidores del país. Augusto, Vespasiano, los Antoninos, Severo, Aureliano, Probo, hasta Tiberio, Claudio y Domiciano serán grandes ó hábi-

les administradores, á quienes millones de hombres deberán, por espacio de más de dos siglos, una prosperidad, que antes de ellos, jamás había conocido el mundo.

Los filósofos habían entrevisto este gobierno, los pueblos lo deseaban y los jurisconsultos formularon su teoría. Tácito, en tiempo de Nerva, saludó su advenimiento, que hubiera debido saludar antes, y los Antoninos lo realizaron.

Era una forma de gobierno imperfecta, como quiera que no se encontraba en ella ninguna garantía contra la ineptitud ó locura del príncipe; pero siempre valía más que la que reemplazaba, con valer menos que una organización en que la persona real, libre para el bien, no lo fuera para el mal. Por desgracia la humanidad es muy pobre de ideas políticas y tarda mucho en pasar de la una á la otra: diez y ocho siglos ha necesitado para llegar de los gobiernos absolutos á los representativos. Un hombre superior puede adelantar la hora de las grandes reformas. César, cuyo genio tenía como los diamantes múltiples facetas, luces, aptitudes, no tuvo esta, ó le faltó tiempo para mostrarla. Queda al fundador del cesarismo una gloria aun asaz bella: si hubiera vivido más, habría sido Trajano ó Adriano, pero más grande que los dos.

CAPÍTULO LIX

DESDE LA MUERTE DE CÉSAR HASTA LA FORMACION DEL SEGUNDO TRIUNVIRATO (44-43)

I.—LOS FUNERALES DE CÉSAR (MARZO 44).

«En los momentos de sorpresa que siguen á un hecho inopinado, dice Montesquieu, es fácil hacer todo lo que la audacia quiera.» Pero los conjurados, escribe Cicerón, «hombres por el corazón, no eran sino niños por la cabeza.» Habían formado un plan para la conjuración, y no lo habían formado para sostenerla. Bien es verdad que aunque lo hubieran tenido, no habría cambiado el curso de los acontecimientos. Los crímenes políticos pierden las causas, á cuyo

servicio se ponen: Bruto y sus cómplices acababan de asesinar la república ó á lo menos lo que quedaba de ella.



Moneda de Bruto (1)

Cuando, consumada la obra de la liberación, quisieron los asesinos arengar al senado, poseídos de espanto los senadores habían desaparecido: ellos mismos, en vez de gritos de victoria y libertad, permanecieron taciturnos, indecisos, como asombrados de lo que habían hecho. Estaban solos en la curia con la víctima inmolada y se estrechaban unos contra otros como criminales. Nadie les amenaza y se preparan á la defensa; se rodean las togas al brazo izquierdo y tienen los puñales apretados contra el pecho. Por fin se atreven á salir y cruzan el foro, haciendo llevar delante de ellos un gorro de liberto; enseñan sus hierros homicidas manchados aun de sangre, gritan que el tirano ha muerto y la multitud permanece muda.

(1) BRUT. IMP. L. PLAET. CEST. Cabeza descubierta de Bruto. Reverso, EID. MAR. (idus de marzo). Gorro entre dos puñales. Moneda de plata de Bruto.

Rechazados por la indiferencia del pueblo, los libertadores de Roma se ven obligados á buscar asilo y corren al Capitolio, ocupado ya por los gladiadores de D. Bruto. Pero en el atrio del templo pudieron reconocer el sitio en que cayera Tiberio Graco, por una causa mejor, á manos de otros nobles. Él también había llamado al pueblo á la libertad y el pueblo no lo comprendía ya. ¿Responderá hoy al llamamiento de algunos nobles, que en interés de una casta condenada acababan de cometer un parricidio?

Antonio, Lépido y demás amigos de César, se habían ocultado creyendo racionalmente que los conjurados tendrían fuerzas considerables y dispuestas. Este miedo de los cesaristas alentó á algunos senadores de Roma, Léntulo Espinter, Favonio, subieron al Capitolio. A la caída de la tarde subió también Cicerón, quejándose de que no se le hubiera invitado al alegre festín de los idus (2). La muerte de César había hecho renacer sus ilusiones, entregábase de nuevo á la esperanza y mostró una actividad y decisión que no se le suponían ya. Propuso que luego al punto se reuniera el senado en el Capitolio, pues siendo pretores Bruto y Casio podían legalmente convocarlo. Juzgaba que obrando con prontitud y energía, en medio de los dos partidos acobardados, podrían los senadores hacerse dueños de la situación. Bruto, por su parte, vacilaba y quiso probar otra vez á arrastrar al pueblo, con cuyo objeto el día siguiente, 16 de marzo, bajó al Foro.

(2) A lo menos así lo escribía después á Trebonio... *quam vellem ad illas pulcherrimas epulas me idibus Martii invitasses! reliquiarum nihil haberemus* (ad Fam. X, 28; XII, 4). Pero lo hubiera querido más completo: *Quemquam (Antonium) praeterea oportuisse tangi* (ad Att. XV, 11). De Off. II, 8, 27; III, 6, 21. Por lo que un moderado como Cicerón se atrevía á decir, júzguese lo que podían hacer y hubieran hecho los demás, si desde el primer día no hubieran encontrado resistencia en los cesaristas y en el pueblo.

Su discurso, grave y mesurado, fué oído en silencio; pero habiendo tomado luego la palabra el pretor Cornelio Cinna pariente del dictador y atacado á César, estalló la multitud en gritos y amenazas, y amedrentados los asesinos, volvíronse á buen paso á la fortaleza, que defendían sus gladiadores y otros perdidos del populacho, á quienes habían podido conquistar los conjurados.

Con estas indecisiones aprovechaban el tiempo los amigos de César. Lépido, su maestro de caballería, había sublevado á los veteranos acampados en la isla del Tíber y aun los introdujo en la ciudad; Antonio había hecho que Calpurnia le entregara los papeles y los ahorros de César, 4,000 talentos, y metido también la mano en el tesoro público sacando 700 millones de sestericios, que hizo llevar á su casa. Acercando á estos dos jefes el peligro común, se unieron estrechamente, menos por vengar la muerte de su valedor, que por sacar partido de las circunstancias. Antonio casó á su hija con un hijo de Lépido y prometió á éste el pontificado máximo que dejó César vacante y la conservación de sus dos provincias, la Narbonense y la España Citerior.

Los conjurados tenían consigo á un cónsul designado, á Dolabela, el cual propuso que los idus de marzo se celebraran en adelante como el día del renacimiento de la república; grandes personajes se pasaban al campo de los asesinos y Décimo Bruto mandaba numerosas tropas en su gobierno de la Cisalpina de donde podía llamarlas.

Los cesaristas no tenían más que la legión de Lépido y algunos veteranos, sin saber de fijo si podían contar con el pueblo de Roma. La situación exigía mucha prudencia y Antonio, á quien sólo se conocía como un bravo soldado, reveló en esta ocasión una habilidad superior, engañando á todo el mundo. A pesar de Cicerón, los asesinos entraron en negociaciones con él, y se convino en que reuniera el senado el día siguiente, 17 de marzo, en virtud de sus facultades de cónsul.

Antonio lo convocó, en efecto, pero lejos del Capitolio, en el templo de Telo y lleno el Foro de soldados. Los asesinos no se atrevieron á asistir á esta sesión; pero el pueblo acudió en masa gritando á Antonio que se guardara: el cónsul se levantó la toga y enseñó la coraza.

La discusión fué tempestuosa. El senado quería declarar á César tirano y mandar que se arrojara al Tíber su cadáver. Antonio representó que esto sería condenar sus actos; y como todos los nombramientos se habían hecho por cinco años, magistraturas de Roma, gobiernos de provincia, mandos de ejército, eran muchos, á comenzar por los asesinos, los que estaban interesados en el sostenimiento de tales disposiciones para que prosperara la proposición, que en efecto fué desechada (1).

Para contentarlos á todos, pidió Cicerón la consagración de los derechos adquiridos, el olvido de lo pasado y una amnistía. En su virtud se aprobó este senadoconsulto:

«No se intentará acción criminal por la muerte de César, y se ratifican todos los actos de su gobierno, en bien de la república.»

Los asesinos insistieron mucho para que se añadiera al decreto la última frase: el bien de la república era el pase que servía para justificar para ellos la conservación de los beneficios de la víctima.

Los ciudadanos que habían obtenido de César asignacio-

(1) Uno de los más animados en contra de la proposición fué Dolabela, que á pesar de sus veintiseis años era cónsul designado y hubiera tenido que esperar quince años para obtener el mismo cargo, si la proposición hubiera pasado. Y muchos tenían razones análogas (Apiano, Bell. civ. II, 129). Se tienen dudas sobre la edad de Dolabela, que debía tener más de 26 años.

nes de tierras reclamaron á su vez la consagración de sus derechos, y otro senadoconsulto les dió satisfacción. ¡Extraño espectáculo! Se había dado muerte al tirano y todos querían que se conservaran los actos de la tiranía... *en interés de la república.*

La amnistía era consecuencia natural de este acuerdo: se concedió y nadie pensó en los resultados que había tenido la de César. El día siguiente se reunió el pueblo en el Foro: Cicerón volvió á hablar de paz y de unión, y su voz, que había encontrado otra vez su antigua eficacia, parecía granjearse todas las voluntades y ganar todos los corazones. El pueblo invitó á los conjurados á bajar del Capitolio; Lépido y Antonio les enviaron sus hijos en rehenes, y cuando los dos jefes de la conjuración llegaron al Foro, fueron recibidos con aplausos. Los dos cónsules se abrazaron (2); Casio fué á comer á casa de Antonio y Bruto á la mesa de Lépido: la reconciliación era general y el bueno de Cice-



M. J. Bruto (3)

rón triunfaba. Pero su vista política fué siempre corta y soñaba un idilio en medio de lobos rabiosos.

En efecto, no todo estaba dicho, y bajo las apariencias de una amistad oficial, cada uno hacía sus cuentas y reservaba sus fieras pasiones. Puesto que César no era un tirano, puesto que se mantenían todos sus actos, no se podían confiscar sus bienes tampoco, su testamento era válido y era preciso hacerle honores fúnebres. L. Pisón, su cuñado, leyó al pueblo sus últimas voluntades. Adoptaba por hijo á su sobrino Octavio, y á falta de este jóven, dejaba la mayor parte de sus bienes á Décimo Bruto, uno de los asesinos. En el caso de que Calpurnia le hubiera dado un hijo, le nombraba por tutores á muchos de los asesinos, y á otros dejaba considerables legados. Estos beneficios de la víctima á los asesinos iban despertando y enardeciendo la indignación y cólera del pueblo; y cuando Pisón añadió que el dictador dejaba al pueblo su palacio y sus jardines allende el Tíber, y á cada ciudadano trescientos sestericios, rugió en el seno de la multitud el amago de una tempestad de enojos, contenida sin embargo por el blando afecto de una piadosa gratitud (4).

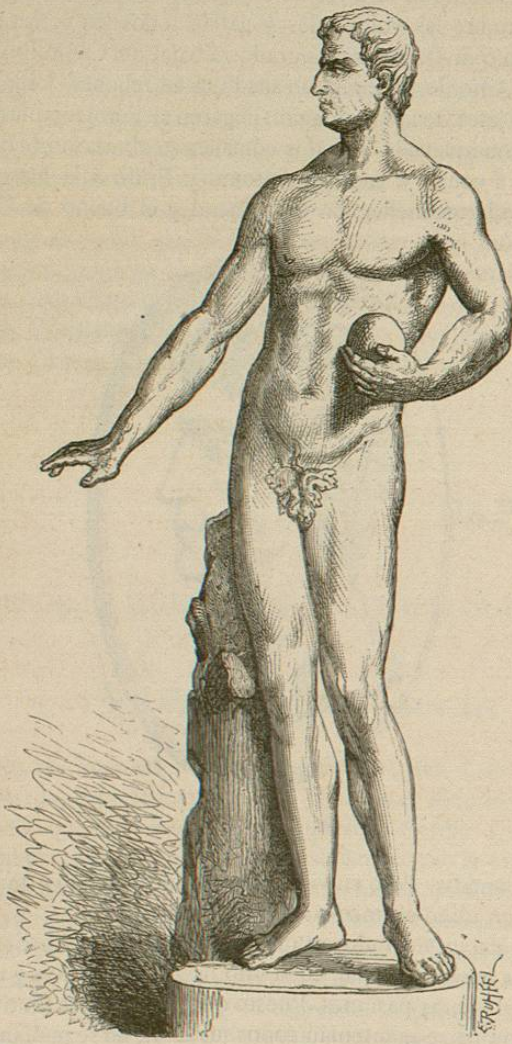
(2) Dolabela, cónsul designado para el año siguiente, había reemplazado á César, como colega de Antonio.

(3) De una piedra grabada (cornalina de 14 milímetros por 11) del gabinete de Francia, n.º 2972.

(4) En este testamento en que se nombraba á tantas personas, no se mienta á Cleopatra ni á Cesarión, á quien ella hacía pasar por hijo de César y muy probablemente lo era. Esta omisión prueba la falsedad

Otra escena, manejada con arte, acabó de entregar el pueblo entero á discreción de Antonio. Habíase preparado una pira en el Campo de Marte para hacer á César los últimos honores; pero en el Foro era donde debía pronunciarse el elogio fúnebre. Llevóse pues al Foro el cadáver en un lecho de marfil con aparato grandioso; se depositó cabe los Rostros y Antonio se puso al lado del ilustre muerto.

«No es justo, dijo en son de duelo, no es justo que un hombre tan grande lleve sólo el elogio de mi lengua, pobre



César deificado (1)

siempre y más ahora tan embargada por el dolor. Pero escuchad, escuchad la voz de la patria misma.»

Y leyó lentamente los senadoconsultos que concedían á César honores divinos, que lo declaraban santo, inviolable, Padre de la patria. Y pronunciadas estas últimas palabras, añadió de suyo volviéndose de pronto hacia el lecho mortuario:

«He aquí la prueba de la clemencia de ellos con él. A su lado todos habían encontrado seguro, y él mismo no ha podido salvarse: sus mismos protegidos lo han asesinado. ¡Y habían jurado defenderlo! ¡Y habían consagrado á los dioses infernales á todo el que no lo cubriera con su cuerpo!»

de los rumores que se hicieron correr, respecto de la influencia de la reina sobre César, y sobre los proyectos neciamente atribuidos al dictador de querer trasladar á Alejandría la capital del imperio. Se ha atribuido al gran hombre la locura de Antonio; y mal que les pese á los historiadores novelescos, hay que reducir estos amoríos reales á las proporciones de una aventura fortuita sin influencia ninguna en los negocios públicos.

(1) Colección Mattei, p. 75, y Clarac, p. 910, n.º 2318. B.

Y tendiendo las manos al Capitolio, añadió con ronca voz:

«¡Oh Júpiter, custodio de esta ciudad! ¡Oh dioses del cielo y del infierno! á todos os pongo por testigos y por todos juro que vengaré la muerte de César.»

Y se acercó más al cadáver y entonó un himno como en honor de un dios. Y luego con palabra rápida y ardiente recordó sus guerras, sus combates, sus conquistas, sus prodigios militares.

«¡Oh héroe invencible! exclamó concluyendo. ¡Y sólo saliste incólume de los peligros de tantas batallas para venir á caer asesinado en medio de nosotros!»

Y en diciendo esto, arranca la toga que cubría el cadáver, muestra al pueblo la sangre que la mancha y las roturas hechas por los puñales de tantos asesinos. Antonio sollozaba y los sollozos del pueblo respondieron á los suyos.

Pero no era bastante. El cuerpo de César, tendido en el lecho fúnebre, se ocultaba á la vista de la multitud; cuando veis aquí que de pronto se enderezó el cadáver con las veintitrés heridas en el pecho y en la cara (2), mientras el coro fúnebre cantaba: «No los he salvado sino para morir por ellos.»

El pueblo creyó que César mismo se levantaba de su lecho fúnebre pidiéndole venganza, y luego al punto corrió en tropel á la curia, adonde fué asesinado, y le pegó fuego; buscaron á los asesinos, y engañados por el nombre hicieron pedazos á un tribuno que tomaron por el pretor Cinna. De las ruinas de la curia tomaron encendidas teas que fueron á arrojar á las casas de los conjurados para que ardieran también. Después volvieron al Foro, tomaron el cadáver y fueron á quemarlo al mismo templo de Júpiter. Mas cediendo á los ruegos de los sacerdotes, volvieron al Foro y depositaron el cuerpo en el sitio en que se alzaba el palacio de los reyes. Para hacerle una pira, rompieron los tribunales y los bancos; los soldados añadieron sus lanzas, los veteranos sus coronas, sus armas de honor, sus recompensas militares, las mujeres sus adornos y atavíos: hasta se creyó ver á los Dióscuros Cástor y Pólux trayendo la primera antorcha encendida.

El pueblo pasó toda la noche al rededor de la hoguera. Un cometa, que por entonces se mostró en el cielo, pareció justificar la apoteosis, y se creía que César había sido recibido entre los dioses; á lo menos para el pueblo era cosa de fe. A fin de consagrar esta creencia popular y hacerla más duradera con una imagen sensible, erigió Octavio en el templo de Venus una estatua de bronce que representaba á su padre adoptivo con una estrella de oro en la cabeza, y algunas medallas representan así al nuevo dios.

A este duelo del pueblo respondieron desde lejos los gemidos de las naciones. Como Alejandro, César fué llorado por los pueblos mismos que había vencido, y los representantes de las provincias en Roma, se señalaron por la sinceridad de su dolor. «Todas las naciones, dice Suetonio, vinieron á su vez á lamentarse al Foro llorando á su manera al protector que habían perdido; los judíos especialmente se distinguieron en las manifestaciones de su profundo pesar, permaneciendo muchas noches al rededor de la hoguera. Se ha preguntado si no había una secreta comunión de pensamientos entre el pueblo de que iba á salir la unidad religiosa y el hombre que había querido fundar la unidad

(2) Era la imagen de cera de que habla Polibio, hecha á semejanza del muerto y que lo representaba en las ceremonias fúnebres. Antonio la había hecho disponer de manera que se pudiera poner de pie y volverla á todos los puntos del Foro para que desde todas partes se vieran las heridas abiertas.

política. Los judíos no hacían más que pagar su deuda para con el caudillo, que, después de haberlos vengado de la profanación de su templo, les había permitido establecer en Roma una sinagoga y eximido del tributo durante el año sabático (1).

Antonio había logrado su objeto: los asesinos huían; pero el senado estaba profundamente irritado de que se hubiera recibido así la amnistía votada el día anterior. El cónsul, á quien importaba mucho aparecer dentro de la legalidad en un momento en que todos hablaban de la constitución vengada, necesitaba este cuerpo para ponerse en estado de dominarlo; y desde luego se lo atrajo provocando el indulto y llamamiento de Sexto Pompeyo y la abolición de la dictadura, y más seguramente aún deteniendo el movimiento popular que cierto Amacio quería prolongar en provecho propio. Este hombre, que decía ser pariente de Mario y de César, había levantado en el sitio mismo de la hoguera un altar con esta inscripción: «Al Padre de la patria,» y todos los días se hacían en él sacrificios y libaciones, con peligro de la paz pública. Antonio dejó á su colega Dolabela que derribara el altar y ejecutara al demagogo con algunos de los suyos.

Consintió también en celebrar una entrevista fuera de Roma con Bruto y Casio, que ante la indignación popular se habían retirado á Lanuvio. Les garantizó la seguridad de sus personas, y como no se atrevieran, sin embargo, á entrar en Roma, donde en virtud de su cargo, debían residir, les hizo dar la comisión de los víveres para legalizar su ausencia (2).

Los demás conjurados se disponían á ir á tomar posesión de sus gobiernos, y dejó partir á Décimo Bruto para la Cisalpina, á Cimber para la Bitinia y á Trebonio para el Asia. Tampoco se opuso á que se devolvieran á Sexto Pompeyo sus bienes aun no vendidos, con una indemnización de 50 millones de dracmas por los que se hubieran enajenado, ni á que se le diera el proconsulado de los mares (3). Jamás había tenido el senado un cónsul más condescendiente y dócil. Así, cuando quejándose Antonio de verse perseguido como un traidor por el odio del pueblo, pidió una guardia para su seguridad personal, no se negó el senado á condescender á su vez. Antonio la hizo subir muy luego á seis mil hombres: era ya un ejército que le permitía arrojar la máscara.

El senado había ratificado los actos de César, y Antonio extendió esta sanción á los proyectos del dictador: como poseía todos sus libros y había ganado á su secretario Faberio, leía en estos documentos, ó hacía escribir, todo lo que tenía interés en encontrar en ellos. Con esto, la república, el tesoro, los cargos todos estuvieron á su arbitrio, y César muerto fué más poderoso que lo había sido en vida, pues lo que él no se había atrevido á hacer, lo hacía Antonio en su nombre: vendía los empleos, los honores, hasta las provincias, como la Armenia Menor, los honores, hasta la Creta, que pagó su independencia á dinero contante; sino que perdió su dinero.

(1) Josefo, *Ant. Jud.* XIV, 3, 5. Tenían una colonia en Roma desde el año 139.

(2) Apiano (*Bell. civ.* III, 2) dice que Bruto y Casio, para granjearse el apoyo de los veteranos, provocaron la abolición de una de las mejores leyes de César, la que les prohibía vender sus tierras en veinte años.

(3) Después de la muerte de César, Sexto Pompeyo, refugiado hasta entonces en los Pirineos, comenzó la guerra contra el gobernador de la España Ulterior, Asinio Polión, y recobró las dos provincias, donde levantó seis legiones. Pero cuando recibió el decreto que le concedía sus bienes y el proconsulado del mar, pasó á Marsella para reunir una flota.

Estos escandalosos tráficos restablecieron su hacienda y aun levantaron su fortuna: en los idus de marzo, debía ocho millones, y antes de las calendas de abril, había pagado todos sus atrasos y capitalizado 135 millones, que le sirvieron para comprar soldados, senadores y á su colega Dolabela, uno de los más peligrosos adversarios del partido en que había militado hasta entonces.

Para granjearse la voluntad de los sicilianos les concedió el derecho de ciudadanía: acaso fuera esto realmente uno de los pensamientos del dictador. Pero no tenía escrúpulos en echar por tierra, cuando le convenía, sus leyes más importantes. Restableció la tercera decuria de jueces, componiéndola de centuriones y manipularios ó soldados rasos de la legión gálica de la *Calandria*, y anuló la disposición sobre apelación al pueblo y sobre el gobierno de las provincias consulares, cuya prorrogación autorizó hasta seis años á fin de procurarse, para después del consulado, un retiro adonde pudiera estar mucho tiempo á buen recaudo de sus enemigos. Cuando con todas estas disposiciones se creyó Antonio bastante fuerte, casi rompió la tregua concluida con los asesinos, haciendo despojar á Bruto y á Casio de sus ricos gobiernos de Siria y Macedonia para darles en cambio los dos más pobres, el de Creta y el de Cirene. Dolabela, su colega, se adjudicó el primero y Antonio tomó el segundo, donde había acantonadas fuerzas considerables. «El tirano ha muerto, exclama con despecho Cicerón; pero la tiranía vive aún» (4).

II. — OCTAVIO Y ANTONIO (ABRIL 44).

En este intermedio hubo de llegar á Roma un joven hasta entonces poco conocido, Octavio, sobrino de César por parte de su madre Atia, hija de una hermana del dictador. A los cuatro años de edad había perdido á su padre, rico caballero romano de familia plebeya, originaria de Velitras, y no teniendo César hijos, se había encargado de la educación del niño. A los quince años recibió por toga viril la laticlavia, insignia de la dignidad senatorial; más tarde un pontificado y después de la guerra de Africa, recompensas militares, bien que no hubiera formado parte de la expedición. Una enfermedad hubo de impedirle llegar oportunamente á España para asistir á la batalla de Munda; pero César quería llevarlo consigo contra los partos y ya lo había enviado á Apolonia en medio de las legiones que allí se reunían.

Los escuadrones del ejército de Macedonia iban alternativamente á maniobrar en presencia del joven Octavio, el cual por orden de su tío tomaba parte en los ejercicios. Esta precaución salvó la fortuna del ilustre huérfano, pues con la maravillosa habilidad de que en breve dará repetidas pruebas, se granjeó el afecto de los soldados, y cuando se supo la muerte del dictador, lo invitaron los tribunos á ponerse bajo la salvaguardia de aquellas fieles legiones. Sus amigos Salvidieno y Agripa le aconsejaron que aceptara (5); pero esto hubiera sido como una declaración de guerra al senado y á los asesinos, y Octavio, carácter reservado, que daba tanto á la prudencia como César á la audacia, desechó este proyecto, pero audaz á su manera,

(4) *Ad Fam.* XII, 1, *Philipp.* V, 4.

(5) *Vel. Patern.* II, 59. Este Salvidieno era hijo de un pobre campesino y fué pastor en su primera juventud. Habiendo ingresado en el ejército de César, fué subiendo de grado en grado á sus órdenes y llegó á figurar entre sus primeros oficiales (*Apiano, Ibid.* V, 66). Los habitantes de Apolonia ofrecieron á Octavio todos sus bienes, y él recompensó después esta fineza declarando libre la ciudad y exenta de impuestos.